

MIN

archivo
entre >
guerras



**Diásporas, inercias,
desprendimientos**
De Ángel Hernández.





© **Archivo Entreguerras** es un proyecto de investigación documental relacionado a contextos de violencia en México y el mundo.

Toda la obra contenida es autoría de Ángel Hernández y se encuentra protegida por las leyes de derecho de autor correspondientes.

Cualquier uso del contenido de este texto ya sea total o parcial debe ser notificado por escrito al siguiente correo: archivo.entreguerras@gmail.com



Diásporas

Primer capítulo: Inmensidad. Los libros de la sangre/ Antropófagos del Darién. (Irradiaciones de la barbarie entendida como extensión de paraíso) Jefferson. Boca de Cupe, Panamá.

Soy algo que fui. Soy algo que no tendré ahora. Mi pensamiento está por debajo de lo elemental. Mi memoria es a corto plazo. Consigo un momento de alivio en esta selva oscura en la que nos persiguen. Al final no hay mucho más que podamos hacer, cuando las consideraciones de la crueldad han venido disminuyendo durante los últimos tiempos. Esta temporada de caza, es un ejemplo. Mis brazos, mis pies, mi espalda baja, son otro ejemplo. Me mantengo alerta frente al naufragio, me mantengo ciego ante la inmensidad. Un estudio *post mortem* de realidades que se inhiben y desaparecen al ser vistas.

—Jefferson: Escucha.

—Se acercan otros.

—Sí. Quieren hacernos hablar.

—No hablaremos. Hemos hablado antes.

—Hemos hablado antes, no de todo de lo que quisieran que hablemos.

—Han traído hasta aquí a otros y los colocan detrás de la zona del muro.

—No los veas.



—Pasarán la noche golpeándolos.

—No puede ser distinto. Eso se sabe.

—Luego, a nosotros nos toca lidiar con los aullidos.

Y los aullidos aumentan durante la noche. Ya cercanos al amanecer, avanzan dos de ellos hacia nuestra posición, pero uno se detiene antes. La boca de Moure, el haitiano, comienza a producir sangre de la nada. Le digo que detenga el flujo, pero es inútil. Le coloco una venda improvisada que desprendo de mi camisa blanca. Aguardamos detrás de una roca como dos rumiantes que oscilan entre la decisión de huir o inmolarse frente al resto. La sangre de Moure es negra como Moure. No dejes la sangre expuesta, le he dicho. Limpia todo. La huelen. La rastrean. Nos encontrarán más pronto. Sus apetitos son un constante fluir en el deseo de la captura. Pero la cacería es una pulsión de sangre, ha dicho Moure. *Proie et oppresseur. Des chapitres où les massacres sont justifiés tout au long de l'histoire sous la rhétorique du paradis.** Moure: leo los libros de la sangre y encuentro más muertos sangrando que vivos llorando. Me refiero al cazador amigo del jardinero. Al cazador que negocia con el carnicero. Me refiero a los antropófagos del Darién.

* *Presa y opresor. Capítulos donde las masacres se justifican a través de la historia bajo la retórica de paraíso.*

—Los agónicos no guardan compostura. Mi padre fue un agónico, lo bajaron en Milla 12. Lo dejaron limpio. Algunas noches gritaba. No pudo salir de ésa. Ya sabes, no es posible salir de ésa.

—¿Has visto? Ahí están de nuevo.

—Llevan a una pequeña. La sujetan del brazo.

—Hay pocos que pueden hacer algo para que eso no ocurra.

—Ahora la han lanzado a un lado de la autopista. Rezo porque no pase un auto.

—Se han detenido, saben que estamos detrás de la roca.

—Mira. Hay un hombre que ha caído detrás. Lo registran. Lo arrastran.

—Llegan los animales, están comiéndolo.

—Vámonos de aquí.

Miro alrededor. Arbustos secos. Provocación, miedo y sed. Oscuridad y sed. Resignación. Correr sin llegar a acertar una dirección, mantenerse inmóvil con apariencia de arbusto o contener la respiración con apariencia de pez debajo del lago. Cada quién lo intenta como puede. Antes, durante el primer intento en 1992 no es que las cosas fueran distintas. Ya no somos tan bellos como antes, es verdad, pero nos siguen sacudiendo igual. Ya no llama la atención que nos desprecien los engendros vivos y los engendros muertos de esta selva, a todos les hemos puesto nombre y todos saben de qué pie cojean los nuestros. Ya sabes,



algo irradia y creemos que es el sol. La salida próxima. La trampa. El desbalance perfecto.

—Cavaré un hoyo, Jefferson. Es lo mejor.

—No entraré ahí. Habrá otros cuerpos.

—He conseguido avanzar, mira tú mismo.

—Aléjate de esa fosa, Moure. Bajo la tierra existe un abismo. Vendrán los otros, nos sacarán de ahí, nos sacarán los dientes uno a uno. Luego, continuarán con los dedos con los que has cavado.

—Nos cubriremos de lodo. Respiraremos por un carrizal.

—Cállate Moure, ya están aquí.

—Bien, saldré primero.

—Llega hasta el campamento. No te distraigas.

—Nos cazarán. Nos tienen cercados.

—Finge.

—No puedo fingir.

—Finge, mierda.



Desde dentro, en mi posición de la guarida, veo los restos de dos salvadoreños muertos. Eran hermanos, los conocí en Belén de Bajira. Su madre les ha llevado algo de comer, pero también ha fallecido. Qué tristeza dicen algunos. Pero ellos saben por qué vienen aquí. Ellos encuentran oportuno lo que buscan. ¿Y esa sombra de irradiaciones, de resplandores multitono? ¿Qué es? Pregunta Moure a la distancia. Es la codicia, Moure. Contesto. Destella. Tendremos que seguir con la estúpida tradición de las víctimas mortales entre Panamá y Costa Rica. Regresar a la elementalidad de los pronombres: Yo, él, nosotros, tú. Pienso en la soledad de los cuerpos ocultos y semiocultos de esta selva. Pienso en la humillación de los percances comunes, como rasgarte la camisa, como quedarte sin agua y beber de los charcos de agua. Pienso en ti, en todo lo que hiciste para que no me fuera. En el desfalleciente modo en que todo ha sucedido todo desde mi partida. En el tránsito de una estancia a otra. En tus razones para pensar que mis manos eran más sensibles al contacto cuando estaban junto a las tuyas. Me has dado un hijo a pesar de haber considerado antes la opción de un gato. Me has dado un hijo al que ahora sólo puedo heredarle un arma que he perdido. Beatriz: Un velo traslúcido me aparta de ti. Entre las sombras que se reflejan en él, puedo reconocer a toda nuestra decendencia, y en cada silueta hay una moneda al aire. Unas caen del lado de la venganza y otras de la maldición. Es decir, del mismo lado, por lo tanto, nadie podrá salvarse.

—¿Jefferson?



—Sí.

—¿Hacia donde nos llevan?

—No lo sé.

—Quizá sea demasiado pronto para pensar que nos matarán.

—No lo es, nos matarán. Ya han comenzado conmigo.

Segundo capítulo: Inmortalidad. Un universo que se expande en la medida en que aumenta su delirio de persecución. Momo, hijo de Jefferson. Matagalpa, Nicaragua.

—¿Qué sabes de tu padre?

—Que murió en el Darién.

—¿Y?

—Que antes de morir pudo matar a otros.

—¿Querrás ser como él?

—Soy peor.

—A Jefferson lo mataron en Cumhuriyet.



—Sé dónde lo mataron.

—¿Buscarás su cuerpo?

—No tendría sentido.

—¿Por qué?

—Lo comieron los animales.

El cuerpo parcialmente devorado de Jefferson inicia su primer viaje. Avanza hacia una dirección que resulta ambigua, pero es nítida. Luego, con un poco de esmero llega hasta la estación central donde otros cuerpos devorados esperan tomar transporte a Puntarenas. ¿Qué buscan conseguir esos cuerpos? Reunirse con sus familias que pueden aceptarlos como son. Incluso en esa condición de cuerpos medianamente consumidos. En ese sentido, habría que decir que el rostro de Jefferson tiene apenas una porción de frente y mejilla. No podrán reconocerlo, pero da igual, de todos modos, nunca fue reconocido por nadie. Y bien, esto es lo que ha quedado de mi padre. Si alguien se interesa por el resto, tendrá que ir a buscar ahí. ¿Dónde? Dentro de las bestias.

—Caminemos, Momo.

—Caminemos, pero habría que saber que no hay muchos sitios a donde podamos llegar.



—Caminemos. Sigamos la línea, podemos llegar a algún lugar donde nos atiendan las heridas.

—Usa las gafas, parecerás humano.

—Ahí hay una casa.

—No somos los que generalmente son recibidos en casas.

—Daremos razones. Nombres falsos. Diremos cosas que a ellos les interesa oír. Nos mantendremos con cierto recato.

—Nos encontrarán y estaremos muertos. Este cuento es así. Ha pasado con Morris, con Vázquez, con Jefferson, con Poblet. ¿Por qué no pasaría con nosotros? ¿Porque nosotros hemos sangrado más?

—Sí, quizá por eso.

Permanecemos quietos, sin movernos. Ajenos a cualquier precepto de belleza. Así hasta que alguien viene por nosotros y nos conduce a la estancia donde otros también esperan. Hay una sensación de angustia que recuerda los tiempos en que sudacas, ebrios y carteristas eran exterminados por igual. Así que vean: la herencia genética incide nuevamente en la línea curva (y breve, la mayoría de las veces) de la depredación.

—Deberías salir. Te haría bien.



—Sabrán que soy yo. Acabarán conmigo.

—Cúbrete con el paño.

—Nada consigue cubrir el espanto, Clarisa.

—Tendrás que irte, hay personas que vendrán esta tarde. No pueden saber que estás aquí.

—¿Podré refugiarme otra vez aquí? Podría entrar a la casa de alguien y llevarme todo. Podría pagar con eso el hotel y el almuerzo. Los tragos por la tarde y la adormidera por la noche.

—No lo sé, Momo. Solo pienso en irme de aquí.

—Te encontraré.

—Vete ya.

Salgo a la calle. Nadie dice nada. Todo se mantiene en una estabilidad pavorosa, sin sentido. Ahora voy hacia la puerta y la abro: detrás hay otros que vagan sin rumbo. Todos me miran horrorizados. No saben qué decir. Saben quién soy. Saben que en el distrito sur de Waspam, me llaman hijo de Jefferson, el que fue comido por leones. Me alejo de ahí. Sé que terminará pronto. Iremos de vuelta a casa y si la casa no existe alguien nos dará asilo. Nos acercará un plato de sopa caliente. Nos cubrirá del frío con ropa que esté por tirar. Nos pondrá una cama limpia y ahí pasaremos la noche. Bien. Terminemos con esto. Alguien se acerca.



—Soy Moure. Conocí a tu padre.

—No eres como te pensaba Moure.

—Aquí hay una fotografía nuestra.

—Murió joven.

—No te engañes, no fue comido por leones sino por humanos.

—¿Qué quieres?

—Hablar de él.

—¿Tenía un arma?

—Sí, ésta.

—Dámela.

—Morirán muchos, eres muy joven.

—El arma me pertenece, y tú has venido a entregármela.

—Tu padre habría querido que la conservaras.

—Sigo esperando Moure.

—Ten.

Veo la fotografía y algo se desvanece en mí. *La noche no tendría que ser tan despiadada con nadie* lleva escrito detrás. Luego continúa: *Habrá calma para los*



que quieran permanecer ocultos. Habrá amor suficiente para los cobardes. Nadie querrá apartarlos del resto. Nadie podrá sacrificarlos porque ellos tienen compasión incluso de quienes han provocado su estupidez. Bueno, ahora también sabemos que era un jodido poeta. Guardo la foto y tomo el arma con las dos manos. Veo a Jefferson. Está inmóvil. Luego se inclina. Hace por comer otro cuerpo humano. Se desvanece. Se incorpora. Vuelve a caer. Go / Stop. Así hasta que me muestra el modo en que usaba el arma, la acciona en un instante para sorprenderme. Era un buen padre. Hizo por mí, evitar conocerme.

—Douglas, mi padre me ha dejado esta arma.

—Usémosla.

—Ya la he usado.

—¿Y bien?

—¿Y bien? Se trataba de uno de sus amigos.

—¿Traía algo más?

—Seis dólares.

—¿Y sirvieron, por lo menos de algo?

—Escucha amigo, una pregunta más y tú seguirás.



Pienso en Oklahoma durante el invierno, que nieva. Pienso: *nada es más divertido que ver cómo nos desvanecemos dentro de casas que no son nuestras, para después pedirles a los otros que limpien el desastre que hemos dejado.* Casas en cuyos armarios pueden encontrarse objetos que pertenecieron a los padres pero que a nadie importan: el recuerdo de una playa en Gibraltar, la antorcha de Bakunin, un boleto de tren para Canello Arnone. Entonces vamos hasta ahí y saqueamos todo. Incendiamos aparadores y antenas de telecomunicación. Planeamos atentados y violamos enfermeras. Llenamos de sospecha las estaciones y las aceras. ¿Qué es lo que ha provocado este desastre de humanidad que huye de donde la expulsan, que sólo experimenta una turbación de estructuras de luz colapsándose entre fronteras y controles migratorios sin poder sostenerse, remplazarse, asimilarse?

—Lo que sigue es la frontera con El Salvador.

—Douglas, todo lo que repite su curso ensaya más su capacidad de eternidad.

—¿Qué dices? Guarda el arma. Ahí vienen otros.

—Espirales. Ciclos que concluyen y se reinician, pero nunca paran.

—Si algo te sucede responderé por ti. Buscaré a Clarisa, le diré que me hablaste de ella antes de morir.

—Eres estúpido Douglas. Esto seguirá. ¿Entiendes? No moriré aunque muera.



Mi padre tuvo a Moure. Yo tengo a Douglas. Dos colegas que se muestran confusos frente a los asesinos y sin embargo han sobrevivido. Mis noches en otras ciudades del mundo no fueron tan necesarias (ahora lo pienso), no ayudaron a reconocer futuros inmediatos, deseos que podrían parecer inaplazables. Todo continuó su curso errático hasta colocarse en una estación permanente, incendiaria por permanente, inaplazable, con el único deseo de permanecer inmóvil, por el resto del tiempo, eterna en su justa dimensión de barbarie.

—Hemos logrado pasar.

—Si. Y ahora piensas que no es necesario mantener el arma.

—Había una mujer que nos pedía ayuda porque su hijo no respondía.

—Es mejor no responder. Que ellos se ocupen de encontrar sus propias respuestas.

—¿Recuerdas a Clarisa? La mujer que te mantuvo con vida en el hotel de Plamos. Se que ha dado a luz una niña.

—Es mejor no recordar a Clara, Douglas.

—¿Por qué?

—La mataron el mes pasado.

—¿El mes pasado?.

—Si. Y ahora seguirás tú, Douglas.



—Esperaba que esto pasara, amigo.

—Dame el dinero, ponte de espaldas y camina hacia la línea recta que marca el sol.

Tomo en resguardo las cosas que han quedado de su equipaje e intento esconderlas bajo el piso, pero el sonido de dos detonaciones me sacude el cuerpo. Detrás mío hay un hombre asesinando a otro. Detrás de él, hay otros más. La situación se multiplica hasta el infinito. ¿Soy yo mismo? ¿Es un reflejo de mi propio crimen llevado al extremo del delirio? Somos minorías que se suspenden y se reactivan. Somos encuentros repentinos de visiones futuras. Minorías, hombres y mujeres que se aminoran, acobardados, sentados sobre la planicie, temblando. Hombres libres que nacieron presos. Mujeres sin libertad que consiguen escapar incautas. Minorías cada vez más empeñadas en hacer algo menos doloroso, menos complaciente, menos capaz de provocar daño a alguien. Ejemplos: estropear las cosas, sacudir la mesa rebosante de polvo, hacerse de unos zapatos que alguien ha olvidado sobre la acera. Minorías. Disminución de la noción de pertenencia, pero no de su miseria. Reducción del promedio de vergüenza, pero no de las causas que nos trajeron hasta aquí. ¿O que otra cosa podríamos explicarle a Douglas, cuyo cuerpo ha quedado expuesto bajo la sombra de los alcornoques?

Tercer capítulo: Diásporas. Árboles genealógicos talados. Regresiones a situaciones límite donde alguien ha dejado servida la mesa, pero nadie se ha sentado a comer porque nadie existe dentro de casa. Mildred con postal de Missouri. Corozal, El Salvador.

Nací en Puerto Barrios. Ahí contraí algunas enfermedades como la fiebre amarilla. Nadie sabe si en realidad eso me ayudó para reconocermé como una niña perdida o una sombra pasajera que no alcanza a reconocer cuando las cosas comienzan a cambiar o se mantienen iguales. Permanezco en el mismo lugar, no me desplazo, no quiero comunicarme con el resto de objetos animados e inanimados, sólo respondo a estímulos del pasado. En algún momento pensé que era necesario visitar a mis padres, llevarles un poco de pan, algunos escritos, pero me parecía que era innecesario, que el tiempo al final mostraba su estúpida paradoja en forma de rechazo y apatía.

—¿Tuviste miedo?

—De perderlos, no.

—A una bestia la hubiesen tratado mejor.

—Puede ser.

—¿Dónde viven ahora?



—En Missouri.

—¿Hablas con ellos?

—Pocas veces. Por ejemplo, este año no.

—¿Han olvidado tu número?

Ellos olvidaron pronto quién era y nos les importó demasiado embarcarse para asegurar su vejez, mientras yo lejos, en Arkansas, intentaba persuadir a los enemigos de un régimen. Volver a aquellos años es volver a mostrarme desnuda frente a los aparadores de una ciudad, entre caballos blancos, sin poder pronunciar mi nombre por la anfetamina que me devoraba en la medida en que me regresaba la sensación de estar viva. No volví sino años más tarde, debilitada por el invierno, y me acerqué a los viejos para tener algo que compadecer. No tomaba en cuenta que muy de cerca, nos seguía una sentencia que habría de terminar con nosotros.

—¿Te vas?

—Intento salir de aquí desde hace años, Lisa.

—No lleves nada.

—No tendría por qué.



Momo, padre/ hombre gato/ ancestro. Nuestro Momo. Te he visto abandonarme con el tiempo. He identificado los ritos necesarios del bálsamo que permanece en las estancias que fueron nuestras. Ahora sé que estás muerto y todo es igual que dentro de una esfera donde se conserva la voz de un bloque de humanidad. Quienes llegaron a la primera estación del camino que muestra el mapa, estarán satisfechos. Afuera hay frío. Actos inhumanos. Falta de certeza. Pequeñas irradiaciones de las luminarias rotas. Es suficiente. No hemos podido lograr mucho más. No hay camino. Hay descendencia. Hay polvo y ceniza dentro y fuera de la estancia. Un cobertizo discreto acompañado de otros saberes como el delirio. Delirio conjurado al límite. Campos donde descansan niños que no debieron morir, y donde ahora se cultiva la zozobra. Campos que se extienden hasta regiones donde nadie ha transitado nunca, y no queremos apartar la mirada de esos sitios. Nos interesa que esa forma que tiene el mundo de manifestarse por medio de pequeños e inapreciables atropellos, persista.

—¿Te inquieta quedarte sola?

—He estado sola desde que era una niña.

—¿No los recuerdas a ellos?

—Él está muerto. No lo recuerdo. No puedo verlo en este plano material. Acabó con la vida de muchos, en donde se incluye la mía. A ella, tampoco la recuerdo. Era muy joven cuando nació. No sabía que nombre ponerme, nunca me cuidó. En fin, no fue mi madre.



—Irás a la cárcel Mildred.

—¿Por qué?

—Mataste a tu hermana.

En las cárceles se habla de tener consideración, aunque la consideración no exista. Los gritos de dolor de algunos presos, hacen llorar con frecuencia a sus mujeres, que aguardan fuera de las celdas esperando no salgan nunca. Bien. Ahora estoy dentro de esta cómoda prisión. Por la ventana he visto una pequeña cría de oso sostenerse en una piedra antes de ser arrastrada por la corriente de agua que lleva el arroyo. Me ha parecido necesario mantenerme sobre los dos pies, sin intentar abrirlos demasiado. Las imágenes que vienen corresponden a crímenes de siglos pasados que han vuelto a manifestarse. Me aterra la idea de volver a esa misma historia del delito. La llave que abre el cerrojo la tengo reservada para otra promesa. Mientras todo pasa, el tiempo verdadero es el de la excepción. Vamos a instalarnos dentro de este refugio temporal que sabemos que será perpetuo. Nadie dirá nada, nadie cambiará de sitio ningún objeto, aunque esté mal colocado. Enmudeceremos, caminaremos desnudos, volveremos a encontrarnos después de algunos años y no recordaremos nada. La amnesia será nuestro shock predilecto. Seremos los mismos, con la diferencia de que nunca existimos.

—¿Quieres tenerlo?

—No lo sé.

—Tienes una semana para pensarlo.

—No tengo mucho que pensar. Lo tengo resuelto: Nacerá como una cría de oso.

—¿Qué estás diciendo?

—Dentro de una cueva.

—Mildred: será una niña.

Vuelvo a mirar por la ventana. Dirijo mi mirada hacia el sitio del arroyo y ahí puedo ver con claridad lo que ha pasado con la pequeña cría. Ha llegado un oso adulto y la ha devorado. Todo ha quedado en silencio y he acompañado a la madre, con ese silencio, su propia elegía. No estaba destinada a vivir un poco más, le digo con el pensamiento. Somos iguales. Tanto a ella como a mí, se nos comenzaban a desprender del folículo los cabellos por las temperaturas tan bajas y sin embargo conseguíamos un poco de calor frotando las manos a la altura del pecho. Vivir en el polo no es una garantía de nada. Vivir en el polo sacude los espejismos de las victorias pasajeras que hemos creído tener en nuestras vidas. Vivir en el polo es recobrar la atención sobre cosas que podrían parecer inútiles: como rescatar o poder rescatar a alguien. En todo caso, deben saber que no me altera la posición de otros cuerpos que se mantienen devorados en el camino, me sobrepasa el

deseo de poder abandonarlos. Una decisión que se vuelve importante, cuando en realidad somos nosotras, mi cría y yo, esos mismos cuerpos.



Inercias

Primera región: Ilesos.

Venimos andando entre la nube negra/ La nube negra abre caminos nos han dicho/ Mis consideraciones sobre el destino son confusas/ Se ha dicho que todo aquel que camina entre la sequía tendrá sosiego/ Del sosiego vendrá la espiga/ De la espiga la zozobra/ De la zozobra habrá más nubes negras, perturbación y alabanzas/ Rezos que imploran a un dios encornado, rojo de sangre.

Las voces.

1.

—Estás rojo.

—He quedado expuesto al sol dos días ¿Cómo podría estar?

—La piel comenzará a desprenderse.

—Lo sé.

—Deberías cubrirte con el paño.

—Me cubriré.

—¿Qué es esto?

—Una caja.

—Sé que es una caja. ¿Qué tiene dentro?

—Velo tú misma.

—¿Esto es tuyo, Duck?

—No. Lo han dejado aquí. Me han pedido guardarlo.

—¿Hasta cuándo te lo han pedido?

—Hasta mañana por la tarde.

—Vamos, eso no sucederá.

—Claro que no sucederá.



2.

Metimos el arma dentro de la caja nuevamente. Llevamos la caja bajo el brazo entre avenidas y puentes. Me siento segura. Mi voluntad no depende del frío que provoca el miedo. Me alegra que el arma haya llegado a nuestras vidas. Dentro de la caja están nuestras esperanzas, he dicho a Duck. Dentro de la caja estamos nosotros dos. Dos engendros negros de Lempira inhalando y exhalando polvo. Papá y mamá, negros y solos contra el mundo; avanzando entre la multitud de cuerpos que duermen casi desnudos en la estación. La caja lleva dentro un presente. Un misterio en forma de alacrán. La cabeza de un niño desdentado como ofrenda. La cabeza de un niño con dos alacranes que avanzan hacia el interior de la cuenca de los ojos:

Su cuerpo: un radiante rubí sangriento

de noble ímpetu, con alma de sol

barrido a través del amanecer colosal, raudo transversal,

en el imbécil perímetro del Edén.

Él bendijo a la nada con toda maldición

y condimentó con tristeza el alma aburrida de los sentidos,

vida respirada en el universo estéril



¿Qué has traído ahora Duck? ¿Es la misma dosis del mes pasado? El mes pasado esa sustancia cobró sus consecuencias con el puto insomnio. Pasamos la noche despiertos y por la mañana vimos que los gemelos lloraban, pero no eran lágrimas, era agua que extraían de la jofaina para hacerla escurrir en sus mejillas. Arriba, la tormenta no cesaba. Truenos y estruendos. Un gran estruendo. El estruendo venía acompañado de seres inteligibles que marchaban hacia todas direcciones del mapa: Massachusetts, Thunder Bay y Phoenix, mientras dentro, la caja se fortifica como un embrión calcificado, absuelto en su condición de engendro. Mitad formado y mitad no. Un minotauro desproporcionado semejante a Behemoth devorando a una cría de humano con disfraz de cordero. Un tártaro capaz de acabar con la idea promisorio del terrorismo para minorías oprimidas de Oklahoma. Mildred/ Mamá/ Marsupial, ve cómo estás llegando después de ser pateado por los yankis. Ahora mi cuerpo (mi sacrificado cuerpo por ti) te busca mientras un leopardo salvaje lo devora. Probablemente después de esta cajetilla, pueda salir a tu encuentro o no. Todo es relativo. Quiero que entiendas esto. Mis manos no son tus manos. Mis ojos no son tus ojos, pero tampoco son los ojos de la cañada triste de Quezaltenango. Me voy comiendo mi propia boca para no confiar en nada que pueda salir de ella. No confío en mí, siempre me lo has dicho y es verdad. En mi fortaleza al sostenerme ebria. En mi capacidad de mujer parecida a un fauno de tres narices. Un ser detestable —franco—, incomprendible, pero anormal. Todo, tarde o temprano se inmortaliza: Dormí con fe y encontré un cadáver en mis brazos al despertar; bebí y bailé toda la noche con dudas y encontré a una virgen por la mañana. Dice Aleister Crowley. Una simpleza que al



mundo le cuesta asimilar: lo desmedido (lo brutal) y lo elemental (lo ingenuo). Brutalidad e ingenuidad. Elementalidad desmedida. Cuánta irracionalidad. Cuánta fuerza del espíritu. Una práctica continua de acciones disociativas entre lo bello y lo espantoso. Lo demoniaco. Lo infernal. Lo obscuro. ¿Escuchas lo que te digo? Para de hablar un momento Duck. Me dices: *ciervo mío*. Me dices: *dulce amor insostenible*, pero sigues inmóvil, deshaciéndote en tonalidades ocres, bajo el sol. Abandona la lectura por un momento. Sal de la terraza y date una ducha. Ponte algo limpio y sal a buscar empleo. Necesitamos pagar el alquiler del cuarto. No tengo otro deseo. Mi único deseo es, verte salir de aquí y sacar el arma para cepillar el culo a los gemelos.

3.

Secuencias disruptivas de Duck: Exhalaciones.

¿Qué veo? La silueta de una pequeña dama negra

con la cornamenta de un Addax

Al fondo alaridos. Un avance lento del bisturí.

Farabeuf no desea más que una posición cómoda para

realizar la incisión. Las constelaciones le benefician.



Camina despacio. Hay humo. Alguien dice:

Ligeros pliegues de terciopelo fueron dispuestos para tomar sitio

en la habitación donde dormía el doctor.

Hoy no se habla mucho más del caso.

Las últimas consecuencias son las que probamos esa noche.

¿Recuerdas esa noche?

Nos dispusimos a caminar, pero no había sombra.

Entonces tuvimos que hacerla, pintándola en los muros.

Me pusiste a bendecir los zapatos de los pobres

haciéndome creer que era un buen empeño.

Afuera, las mujeres se iban con los ilesos y ahí comenzó la fábula maldita.

¿Qué hacía la diferencia entre ellos y nosotros?

Ellos no habían sido golpeados en las calles/ Nosotros golpeamos y nos golpearon/ Ellos leían capítulos de Faulkner/ Nosotros no sabíamos leer/ Ellos repetían mecánicamente las reglas del juego/ Nosotros éramos el juego/ Ellos confiaban en sus mujeres/ Nosotros las hacíamos confesar contra el muro/ Ellos rendían culto a Desiderio de Langres/ Nosotros a la Regla de Ifá/ Ellos lamían el

pulgar izquierdo de los muertos/ Nosotros la mano completa hasta llegar al hombro.

En 1990 te conocí con el rostro deformado por el frío dentro de una balsa.

Tu madre había sido encontrada al interior del lago y los peces

(nada lentos) comieron de ella hasta extinguirla.

Invocaciones. Nadie miró con sus propios ojos lo que ahí sucedía

porque los ojos les fueron arrebatados y entonces veían

con el espejo de la implosión fúnebre

y no con la córnea momentánea de aquellos amaneceres que ofrecía

el lago triste de Minnesota.

Y bien, contigo, la extinción era parte de un fenómeno natural

que comprendía la enajenación progresiva de la materia.

¿Cómo nos hemos podido acompañar durante tantos años?

Seis para ser exacto.

En la campiña donde vivimos vienen a asesinar a diario.

Luego cuando los restos fecundan la tierra, cae la lluvia y

en un momento tenemos que todo ha florecido.



Se ha hablado de rituales paganos que practican nigromantes que llegaron del Este. Ritos iniciáticos que incluyen desollamiento y desmembración.

Todo es obra de la euritmia. Los que han quedado ilesos tienen métodos que aseguran la continuidad de la vida, pero nada se ha puesto a prueba porque no hay cuerpos incorruptos en los cuales experimentar.

Lo que hay son cuerpos insepultos y sal para depositar sobre los cuerpos.

Una herejía del invierno negro, consumado y convulso de Maverick, de Dorothy Clutterbuck, Maradona y Baudelaire:

*Vosotros, altos bosques, me amedrentáis como catedrales;
aulláis igual que el órgano; y en nuestros corazones malditos,
hay cámaras de duelo eterno donde resuenan antiguos estertores.*

Segunda región: Estruendo, aberración y mito.

Mi dios/ Mi hijo convertido en dios/ Lampedusa/ Vienen desde Lampedusa y las exaltaciones de los huérfanos que esperan detrás de las líneas de soporte alimenticio se fortifican en la medida en que hacen la farsa de desvanecerse para recibir más/ Todo es insaciable para una especie amenazada, ha dicho Bhaktivedanta.

Las voces.

1.

—Saquemos de la caja el arma, nena. Hay que comer.

—En la caja no hay nada.

—¿Qué dices?

—Ábrela. Mira tú mismo.

—¿Qué has hecho con el arma?

—La he vendido.

—Eso es mentira.

—La he entregado a un niño.

—¿Para qué?

—Para que pueda defenderse.

—Vendrán a buscarla.

—Nos iremos de aquí.

—Nena, están afuera.

2.

Mis esperanzas tratan de ser interpretadas dentro de una carnicería. *Flash backs* de mi propia infancia llevada al límite. Una cancelación —reanudación del mito



continuo de la cordura—. Hombres decolorados que no recuerdan sus nombres. Mujeres que olvidan dónde pasan la noche. Duck y yo hemos salido por la ventana. Atravesando el gueto hemos sabido que con el invierno han iniciado las extradiciones masivas. No diremos más. Dentro de la caja hay una planta. Hay una raíz que ha terminado por asfixiar al hombrecito que vivía dentro de la caja. El hombrecito se llama Behemot y se encarga de fabricar armamento para los pobres. Un hombre que ha estado en Lampedusa, dice que los demonios pequeños africanos existen. Hombres pequeños como al niño al que he dado el arma o como los gemelos, da lo mismo. Mis ojos comienzan a nublarse. Mis otras garantías de humanidad han escaseado. Ven Duck. Levántate, comencemos un pequeño baile. Una composición de baile y náusea junto a mis pequeños pies. Que bailen los gemelos también. Sostenlos de sus patas delanteras. Que bailen mis niños. Mis pequeños herejes. Mis diablos incendiados. Por eso son negros ha dicho el nigeriano.

3.

Secuencias disruptivas de Duck: Temporada en el infierno.

Pienso en las noches en las que necesité tu voz,
pero tu voz más cerca, más cercana al oído.



En algunas de esas noches nos colocábamos las gafas de sol y
apuntábamos al cielo.

Había seres que se presentaba ante nosotros:

Paimon, Alouqua, Agares, Sidragaso, Abrahel

¿Estaban deformes o nosotros les dábamos esa forma?

Regresé con Rimbaud otra vez detenido en la secuencia
donde hace relación a las plagas:

*Llamé a los verdugos para morder,
mientras agonizaba, la culata de sus fusiles.*

*Llamé a las plagas, para ahogarme con
la arena, la sangre. La desdicha fue mi dios.*

Tú y yo, los gemelos, éramos parte de esa plaga y
esa plaga era la que decidía el curso de sus pesadillas:

*Regresaré, con miembros de hierro, la piel ensombrecida,
la mirada furiosa: por mi máscara*



se supondrá que pertenezco a una raza fuerte.

Tendré oro: seré ocioso y brutal

Las mujeres cuidan a esos feroces lisiados

reflujo de las tierras cálidas.

Noches de humo donde nosotros éramos el humo o
de nuestros cuerpos salía ése humo.

No sé.

Pero pensé que esa noche, que salimos de casa
(apenas comenzada la noche) me dirías la verdad.

Me dirías si querías irte o quedarte.

Y me dijiste quiero quedarme, entonces,
seguirán matándonos y seguirán obteniendo
el humo blanco de nuestros cuerpos.



Tercera región: Paralelismos.

Duck escribe: La piel es por ti. Es tu piel. Tú la hiciste en mí. Te llevo desde hace tiempo, es un buen trabajo. Al tiempo le costó años, a mí solo un par de noches. Estoy feliz de que así haya sido. Es tu piel. Es el tiempo que te costó habitar su espacio. Sécate el cabello, ven. Voy a traerte un té. Sentémonos aquí. ¿Qué entiendes por naturaleza oscura? ¿Por satanismo de la apetencia? Esta piel está, pero está en ti y no me gusta pensar que te vas, llevándotela ahora.

Las voces.

1.

—Nena, quisiera decir tantas cosas que se relacionan contigo y conmigo. Con mudarnos de aquí al campo. Con las ventajas de la vida silvestre.

—Vete Duck, no hables más.

—Ayer, mientras volvía a casa, un niño me observaba.

—¿Lo alimentaste?

—No. Era el niño al que dejaste el arma.

—Sé a qué niño te refieres.

—Al niño al que le pediste que me matara.

—No es un niño.

—Bueno, lo parece.

—Tiene 14 años.

—Me da lo mismo. Mira, tengo el arma de vuelta.

— Úsala Duck.

—Eso haré.

—Pero no con los gemelos.



2.

Secuencias disruptivas de Duck: Regresiones de Kitty.

Nuestra ceremonia de despedida se dio en el estacionamiento de un Walmart.

Un exceso de productos inservibles.

Un amor que se sostiene gracias al consumo de animales congelados.

Eso es todo y el resto lo imaginan: los gemelos saltando sobre los autos.

Las alarmas. Cada que su cuerpo cae sobre los cofres, las alarmas se activan.

Luego, los vigilantes, la autoridad. Los gritos de los dueños de los autos.

Los golpes. Los chillidos. Los aullidos. Los delirios.

Quizá este sea el último día que nos mantengamos quietos aquí.

No saldremos a ningún lado. No lo merecemos.

Ven Kitty, háblame de ti. De tu estado psíquico. De tus regresiones.

Regresiones de Kitty; parto de los gemelos.

Volveremos a la cueva. A la transformación del hombre en mujer y la mujer en niño y el niño otra vez en mujer y de la mujer, insectos, muchos insectos y de los insectos, espectros propios y ajenos. Espectros del álbum familiar. De los excesos, las palabras pronunciadas en vano. Las palabras que no existen. Dentro



de la cueva un niño hace un ritual de iniciación. Bebe la sangre de un cordero y luego viste con la piel del cordero y se recuesta a dormir junto a la madre: una bruja deslenguada. Todo transcurre en el aparador de una tienda junto a los anaqueles de leche en polvo. Hay gente que se comunica a partir de gestos de expresiones de odio y horror. De anunciaciones. De temblores en algunos territorios de la piel. Así durante algún tiempo, hasta que todo comienza otra vez. Luego, el niño/ hijo presencía la cúpula del padre y la madre y el modo en que se intentan comunicar con él con expresiones ininteligibles y sonidos abyectos. Así hasta que, al poco tiempo, presencía también el nacimiento de él mismo. Y ese él mismo, es partido en dos con la ayuda de una sierra de campo. Entonces, tenemos que han nacido los gemelos.

—Kitty, hablas siempre desde el sitio de la orgía. Desde la incoherencia de otra tórrida, inconmensurable, realidad que te ha heredado la pobreza.—

Y bien, luego de despedirnos, Kitty ha llevado a los dos gemelos en brazos.

Un grupo de ancianos se encamina hacia un autobús para volver al asilo.

Escucho *In Bloom*. Todo se desconfigura. Sale de sí.

Debajo de los anaqueles con nutrientes de consistencia blanda

devolvemos la ilusión de vivir a los ancianos.



Ellos han dispuesto todo lo necesario:

hay una urna donde pueden depositarse cartas, hay una cámara fotográfica,
un teléfono fijo, muchas bolsas *ziploc*. Barrancas —despeñaderos—, abismos.

Los más ancianos nos han enseñado a disimular frente a

la mirada de los que nos desprecian. Calman la sed con sorbos de
alcohol que obtienen de envases de vidrio reutilizados.

Mis dos universos implosionan en un rito que viniendo de la sobrenaturaleza se
vuelve estúpidamente terrenal:

*Los que pueden desmentir a la autoridad pelean también por un mundo mejor.
Nuestro mundo ya es irreparable, he dicho a una paloma que se estrella en el
parabrisas del auto en el que me deportan junto a Kitty y los gemelos. El vaciado
del interior de ese organismo con alas, nos recuerda que no somos nada.*

Los ancianos saben la misa. Tanto misterio ha traído hasta aquí las peores
quimeras. Los ancianos repiten la misma letanía mientras marchan desnudos
sobre los vagones rojos del tren:

Campo perdido —mimetizado— que a veces parece blanco, —y a veces parece oscuro— campo traslúcido —capaz de perder y ganar— que a veces parece oscuro y a veces parece absurdo.

Entonces mientras nos conducen a los separos migratorios,
el incendio comienza. Reúnen a los ancianos para comunicarles
que tendrán que ser entregados al centro político de la hoguera y
el resplandor intermitente de la chispa aumenta.

Incandescencias —camerata de ancianos rojos—, invocando
tiempos mejores, suplicios seguidos de efluvios que surgen del llanto
y surgen del lenguaje improbable, milagros que no acontecen,
milagros cuya permanencia es un destello, milagros capaces de
alterar el precepto de lo efímero.

*Autumn is o-n us as we lie
in the creamy clouds of latticed light
that hint at darkness but descry
a rosy flicker through the night*



my mistress my great Dane

and I catch rapture, as upon the bed

he licks her lazy lips and tries

to tempt her tongue

My fires are fed her heavy

dropping breasts entice

my teeth to jewel them with blood

her hand prepares the sacrifice

Arden viejos arbustos en la estación central de Arriaga.

Arden las esferas dentro de las cuales se ha depositado el donativo.

Dios baja de la cruz y devora sus propios testículos. Lanza los restos

a un lobo pardo que agoniza de hambre como los nuestros.

La lluvia cae ligera y tengo en la mano una maleta que transporta

equipaje ligero: una camisa, dos pañuelos. Me acompaño de días en

los que la estructura planetaria se reduce a la dimensión de

una piedra para patearla en el camino.



Promulgo el pensamiento radical de la

No—promesa, la No—linealidad, la No—aspereza

Regresiones de Lisístratas que tratan de inmolarse

frente a la embajada de El Salvador en protesta por el *fracking*.

3.

Tú sabes caminar, contar los autos. Cosas sin destino. Ahora no será necesario nada más que el desacato. Mi disposición al robo ha traído algunos problemas. Los subterfugios son como medicamentos que no se encuentran en este momento en venta. Nadie los puede tener, por lo tanto, no alivian, enferman más. Veo por la ventana que Duck ha llegado. Toca a la puerta. Le digo: “Aquí estoy”, abro y entonces aparece con algunas flores, una botella, algo de comer. Nos sentamos a ver el televisor y en el televisor hay una pelea de box. Le digo que esto no será bueno para nadie, pero él contesta: *tendremos suficiente esta noche si cae el campeón, trae a los gemelos para que lo vean caer*. Pero el campeón es un croata y el croata rebasa en edad al del pantalón blanco que es griego y a la fecha no ha podido encontrar el momento de colocar un buen golpe. Me dice: *vayamos allá* y subimos al pequeño cuarto oscuro y ahí empieza a desvestirme y me besa todo el cuerpo, menos la escarificación que me provocó el mes pasado. Luego llega el amanecer y nos reunimos a dormir con los gemelos y no hay nada más. En las primeras ocasiones todos nos manteníamos quietos frente al fuego y el rito



continuo del hambre. (Luego de la recesión de 1996). Hay fuego, pero no hay nada que poner sobre él. Ya saben, la evolución de los hombres que fueron niños y padres. Que fueron padres cuando aún eran niños. El terror. El recorrido de las horas pavorosas y el sentimiento de las causas justas que hemos perdido. Hoy regreso a ese momento, saliendo de esa casa rumbo a Long Bay. Siendo la puta mejor vestida de Leviatán. Dejando a mis dos hijos y manteniendo un espacio que oscila en la insatisfacción y la sombra inocua de la locura, y en el resurgimiento de otras capacidades de una mujer que aún no llega a ser mujer pero ya es madre. Soy madre de dos sombras pasajeras. Soy hija de mis dos hijos: de Paul y Paul, porque he querido llamarles igual.

Paul y Paul:

La parte que más odié fue tener que decidir entre hombre y mujer y decidí mujer. Me da miedo que los maten, pero creo también que si los matan está bien. No será por mucho tiempo que permanezcan vivos. Mientras tanto me mantengo como una salamandra prendida a las protecciones de la ventana. Luego, la transformación de hijo a padre viene de un momento en que el cuerpo de mi hija, como el de Ifigenia frente a Agamenón, inicia un proceso lento de transformación en ciervo al momento en que los Tauros celebran entre pánicas orgias. Miren, mi piel tiene frío, chicos, pero no se deja dominar por el viento pasajero. Se mantiene inmóvil, apacible ante el contacto, pero cada textura le excita de forma diferente: El fuego/ el agua. El agua caliente, la mezcla de los dos. El vapor.



Desprendimientos

1. Paul y Paul. Aneurismas.

Nos sacaron desnudos a la explanada donde había otros que miraban.

Ahora esto comenzaba a despertar el interés de expósitos y otros amigos del dolor. Del circo —horror— que vivimos en Shelby County Jail

¿Paul estás ahí?/ Aquí estoy/ No grites. Cuando te rompan los dedos, no grites.

Recuerdo a Paul conteniendo toda la respiración, y luego exhalando humo oscuro como si se quemara por dentro. Entonces, mis súplicas comenzaron a dar de sí con los agresores. Les pedí que pararan.

El verdugo y yo nos vimos en el mismo espejo. Estaba demasiado pálido. De pronto había envejecido o su expresión era un rictus permanente que le contraía los músculos del rostro, y le hacía parecer más viejo, de lo el viejo que era.

Le dije al verdugo: ven. Y vino.

Le pedí que parara con Paul por ahora. Salimos de ahí hasta la celda de Jimmy. Paul se lavó la cara. Tenía un aneurisma que hacía más goza la idea de volver. Afuera, hijos propios y ajenos eran castigados en señal de complacencia al Verdugo X & al Señor Das han.

Señor Das han lleva una canaleta de donde extrae el tabaco. Lo prende. Lo exhala. Hay otras amenidades que nadie ha considerado.

Mis pocas palabras alcanzaron para decirte: *Paul, estás caminando al lado contrario. Estás cambiando de color, deberías verte. Mil disculpas, pero lo tuyo es anemia. Vístete y sal de aquí luego de pedir disculpas.*



Minutos más tarde, nos volvieron a sacar a la parte trasera donde está la explanada para otra revisión de rutina.

Parecemos liebres humilladas tapándonos el sexo frente a los sabuesos. Mojados como sabuesos tragando liebres bajo la lluvia. (he visto a una niña pequeña e inofensiva replegarse hasta el sitio en donde duerme la madre para lamerla)

Y bueno la fiebre es así, abre onirismos de otras dimensiones.

Esa liebre es Paul, pensé.

La inconcebible liebre que se debate entre la contusión y el desmoronamiento de la torre.

Paul: Mamá nos pidió pegar bloques en los apartamentos de clase alta en Watermarq avenue y en cambio lo que hicimos fue robar un Mike's Market y disparar a un empleado del servicio de limpieza que no rebasaba los 15.

Paul: Yo no quise renunciar a este país. Este país renunció a mí.

Luego de eso, los espejismos de otras épocas comenzaron a impactarnos.

Ya sabes: hay una línea muy delgada entre cordillera y despeñadero.

¿Qué quiero decir? Que somos sensibles ante la tortura.

Esa es la verdad. Nunca nos acostumbraremos.

Han prometido ayudarnos, pero la promesa es un mal del cual se abren punzantes conjeturas. Desarrollo la idea:

No es cierto que la voz se mantenga intacta. Todo se comunica a partir del miedo.

La calamidad y la orfandad, tal como ha sucedido con Jimmy.



Hay cosas que mejor no se preguntan. Ellos son parte de este juego de macabros que se alimentan de congojas. Del encanto pasivo de la desgracia. Del oscuro perfecto.

Y luego de decir esto, Paul comienza a restablecerse.

Hago esto por él, por Kitty que desde algún sitio del cielo nos mira y por los cuatro inválidos de origen senegalés que han sido despedazados por vecinos del distrito Oliver. Mis condolencias a ellos y a sus familias. Gracias por escucharme, voy a salir.

2. Paul y Paul. Dilataciones.

Cenamos en la explanada trasera. Las cosas no andaban mal. La cena se consumió rápido. No hablamos, había sido una regla puesta por Señor D. No hablamos, pero en algún momento tuvimos que hablar y cuando tuvimos que hablar inició todo esto como en *Fantasmata* de Anestis Logothetis.

¿Qué había pasado durante esos años? Mi madre, las personas, el tiempo, los planes de poseerlo todo. La erradicación como principio de la cortesía, de la tesina de la ideología, del sistema educativo con el que se formó nuestro carácter y nuestro ideario.

Miren aquí. En los tatuajes de mi espalda:



Se trata de un grupo, de un grupo pequeño como una familia reducida: El padre, la madre, los hijos, como es costumbre. El grupo ha venido creciendo, vean aquí. Al poco tiempo ya es un pueblo. Un pueblo sin casas, sólo conformado por personas de paja. No crean en cuentos. Dentro de cada persona no existe nada. Pensé al principio que lo importante sería motivar su movilidad en este brazo, pero preferí dejarlos rígidos sin que pudieran desplazarse nunca. Un pueblo inmóvil. ¿Entienden? Un pueblo que vive como fotograma inanimado y como tal atraviesa todos los capítulos de la historia.

Luego, alguien llega hasta ahí. Un hombre que no reconocía. Que nunca había visto en mi vida y, sin embargo, él aseguraba que sí. Que nos habíamos topado un día en el barrio de Norteaven. Que sabía cosas sobre Kitty.

Luego el hombre comenzó a golpearme. Miró los hombres de paja de mis tatuajes y los calificó de aberrantes.

Me dijo que esas no podían ser personas, que no tenían forma humana y que, si le fuera concedido ese deseo, le prendería fuego al pueblo entero.

Paul: Desde que murió Kitty he vuelto a mojar la cama. La imagen recurrente de ella travestida en Polifemo me reclama atención todas las noches. He pensado en sacrificarla, pero no, porque ganará más fuerza.

Aparece discreta detrás de la celda. Luego, me aprisiona entre sus brazos y de ella comienzan a desprenderse visiones, imágenes de otros tiempos.



Veo a Jefferson flotando sobre una piscina en su apartamento de Tampa Bay nadando con leones y tigres traídos desde la India. A Momo el salvaje, a Mildred, la abuela, irascible cojeando de su pierna por toda la calle, tocando un tambor y luego una flauta, pero la flauta es una serpiente y el tambor tu cabeza, Paul. Paul, he tenido conversaciones con Duck y es pavoroso. Viene con el disfraz de un gran cisne de cuyo cuello cuelgan partes humanas, pero son de plástico, fabricadas en Corea. Nos pone a competir matando corderos o comiéndolos vivos. Ayer, por ejemplo, ganaste tú.

3. Paul y Paul. Desvanecimientos.

Entre estas prisiones hay gente que ha perdido la vida. No sorprende a nadie pensar que tal vez, generaciones atrás, algunos alojaron aquí algunas voluntades.

Esfuerzos que se detienen un poco para rebelarse ante nosotros como herederos de nuestra propia miseria. Evolucionamos en un cuerpo matérico compuesto de acepciones terrenales.

Las posibilidades de volar para la especie humana ahora son limitadas. Ya no hay demonios que amordacen a las doncellas para hacerlas sucumbir de placer en las mazmorras de sus castillos. En cambio: Emociones residuales de la brutalidad son las que conforman nuestra naturaleza.

La levedad se considera a sí misma, principio original de la desaparición.

He escrito un drama escueto. Nos lo han pedido en clase de adicciones.



Lo he llamado: *El Rey. Algo sobre el maleficio, el patetismo y lo macabro*. Es el diálogo entre un rey y un ciego que ha salido del leprosario:

El ciego: ¿Qué recuerdas?

El rey: Recuerdo un reino.

El ciego: ¿Y dentro del reino?

El rey: Un rey.

El ciego: ¿Y dentro del rey?

El rey: Un hombre ciego.

El ciego: ¿Y dentro del hombre ciego?

El rey: No lo sé.

El ciego: ¿Por qué?

El rey: No lo puedo ver.

El drama está basado en *La parábola del ciego y el rey* de Antonucci. Lo que esta situación nos dice, es que el rey, simplemente no existe.

Es una acumulación de supuestos. ¿Has entendido?



El ciego es en realidad el rey, pero no lo podemos ver, porque los ciegos somos nosotros. Fin.

Esto último ha incomodado mucho al público que asiste a la representación de este drama.

En una siguiente escena el rey comienza a cercenarse una pierna para dar de comer al ciego, pero este ya come de sus propios restos.

Una escena bastante particular, llevada al estridentismo. El drama es crueldad, Paul. A ti te basta con saber eso. Cuando te lo pregunten, responde eso.

El drama se nutre de sangre fría. Del crimen. De la traición y la venganza.

Y yo solo he añadido: *Del maleficio, el patetismo y lo macabro.*

Paul: De niño soñaba con un dolor que tomaba diversas formas.

A veces se aproximaba, pero generalmente aparecía lejos. Lejos, pero siempre siguiéndome a donde iba.

¿Qué forma tenía? La de una roca del tamaño de una cabeza, la de una maraña de hierbas que crecía conforme avanzaba rodando a la distancia.

Luego para hacerse más fuerte y aumentar su tamaño, tragaba a su paso a algunos animales del bosque: *No vine hasta acá para que escapes.*

Escuchaba que decía.



Y ese volumen, casi inconforme, se manifestaba como una entidad de otros tiempos, no reconocida (A veces en estado sólido y a veces inmaterial como un viento que azota las ventanas de nuestro pequeño apartamento en Beale Street donde pasábamos los veranos)

Un dolor que lamentaba que tantas liebres murieran a consecuencia suya y no a consecuencia de la sequía.

¿Paul?/ ¿Sí, Paul?/ ¿Existimos?/ Nos trasladarán a otra prisión/ Prisión del distrito 6 (Donde estuvo Mildred y Mark David Chapman)/ Ya los sé, me lo han dicho esta mañana/ Ya he preparado las cosas/ Yo he hecho una maqueta/ No digas estupideces. Has matado. Has violado. Has comido corderos vivos y ahora construyes maquetas/ Si Paul es una pequeña maqueta que reconstruye la casa anterior, la que hemos perdido con Kitty y Duck, nuestro padrastro/ Cállate Paul, por dios/ Es una representación sencilla, pero que ayuda a entender lo que vivimos/ ¿Quieres verla?/ No/ Bien. Entonces la grabaré en un video para cuando lo decidas:

Esta es la casa. En el paisaje que la rodea, venían frecuentemente a comer manadas de topos y gacelas.

Aquí hay una montaña cerca (la montaña donde solíamos caminar) y hay un huerto. Luego, más hacia el lado derecho, la pequeña estancia de un cuidador que habla con las plantas.

El hombre sale muy temprano a llorar por sus hijos que han muerto y de sus lágrimas se desprenden nutrientes esenciales para mantener el pasto suave de la montaña.

Dentro vivimos nosotros cuatro, y vive él.

Y del cuerpo nuestro y el cuerpo de él, salen luces que alertan a los amigos de Duck que está por llegar la policía.

Luego, los amigos de Duck prenden fuego a un árbol del jardín.

Luego, al comenzar a arder uno, arden dos, y luego arden tres, y luego, arde todo el bosque.

Sin embargo, cuando esperamos que también la casa arda, la casa se mantiene intacta. ¿Por qué? Porque la casa está hecha de viento y agua.

Paul: Sé que no crees en eso, pero en la alineación de la runa se comprenden espejismos diversos (un ejemplo de ello es la interpretación del curso de vuelo en algunos insectos como método adivinatorio) y nosotros que vivimos dentro de la prisión, no podemos, no queremos confesar que estamos vivos, cuando en realidad estamos muertos, porque todos somos hijos de una misma madre/ casa y padre/ que nunca estuvieron ahí.



¿Paul? ¿Me sigues? En un parlamento anterior has dicho que he violado.

¿Te refieres al adolescente del Capri? Bueno. Ése te lo has llevado tú, no lo olvides. Yo sólo hice lo propio.

Nuestra memoria muestra a ultraje su propia versión de la historia como un acto de preservación. No te engañes. No eres de este siglo. Tu alma es vieja.

No eres parte del *consentimento dos órgãos*.

En síntesis, habría que reconocer, que hemos tenido una vida sexual poco privilegiada a pesar de sus excesos.

¿Qué quieres para mí? ¿Un antipsicótico? ¿Mi versión de los hechos frente a una corte de enfermos? No vayas de más Paul. No conviene hacerme hablar.

Querido hermano gemelo:

Me he visto reflejado en los tiempos de la roca. El inicio de mi camino es una trayectoria errática que manifiesta su vida a partir de temblores y crisis que nacen de lo profundo.

En estruendos para el culpable. En compasión para los desahuciados.

Mi cuerpo ha trascendido de ese lugar, para llegar a ser el tuyo. Somos idénticos.

Nos vestimos igual. Nos gustan el mismo tipo de hombres. Somo gemelos.

Nos comerían pensando que uno es el otro. Venimos de un epicentro crítico donde han nacido otros cuerpos idénticos.



Escuchas aún las voces de la gente, diciéndonos desde que éramos unos niños:

Vístanse igual/ Digan las mismas estupideces/ Participen en estúpidas campañas publicitarias/ Bailen/ Tómense de los testículos y bailen.

Paul, Me diluyo en las estaciones de los cuerpos pasajeros. Esos cuerpos que me han formado son los que tendrán que hacerme parar.

Paul, la patria para ambos se redujo a una escala mínima de mapa territorial.

Nuestra forma de llamarnos también fue una idea que quedó atrás.

He venido reuniendo voluntades para comprobar que el movimiento es un espectro que vaga sin dirección en zonas limítrofes como un paria apasionado del espacio.

Como un astronauta de la naturaleza humana.

Mamá está separada de las partes que integraban su cuerpo en Minnesota, me lo ha dicho un *homie* de audífonos.

Se llevaron su vagina para seguirla penetrando, aunque el resto de su cuerpo no existiera. ¿Entiendes lo que digo?

Soy la roca que se troza para dispersarse como espora, repartida en cualquier dirección del camino, por las estaciones y los confines, por las planicies y por los volúmenes erosionados de la superficie.



Mi cuerpo será el cuerpo de otros, y el cuerpo de los otros comprenderá el desplazamiento como otro cuerpo que, en vez de contenerlos, los libera.

¿Paul, te has colgado de los herrajes de la celda?

En esa liberación, puedes encender como una cerilla el ánimo de la clemencia frente al paisaje, níveo, de la devastación.

Ahí Paul, donde el cuerpo, como la roca, deja de ser despojo para acceder a la dimensión de un desprendimiento incomprensible, doloroso y en todo caso, compasivo.